

Leopoldo Valiñas Coalla (1955-2022)

¿Qué puedo decir de Polo que no hayan dicho muchas personas ya? Los que tuvimos la oportunidad de conocerlo sabemos de sobra la madera de la que estaba hecho. Polo fue una de las personas más coherentes y consecuentes con su manera de pensar que he conocido en mi vida, también una de las más comprometidas y solidarias. Además, Polo fue una persona muy divertida y muy cariñosa. ¿A quién no le arrancó una sonrisa?

Más que hablar de su obra y su labor como investigador, me gustaría hablar de la persona que yo conocí. En 1985, Polo fue mi profesor de Fonología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia. Recuerdo estar sentada escuchando su clase y sentir una especie de euforia, de agradecimiento y de fortuna de poder tener la oportunidad de escuchar las cosas que decía. Desde luego, para mí, como para muchas otras personas, fue una pieza clave en la decisión de seguir en la carrera de Lingüística.

Una de las cosas que más disfrutaba Polo era dar clases: estaba hecho para eso. Y con dar clases me refiero tanto a las sesiones frente a grupo como a las asesorías personales. Cuando Polo estaba en su cubículo, en el Instituto de Investigaciones Antropológicas, no había manera de que pudiera trabajar en sus propios proyectos: siempre había alguien que lo iba a buscar para cualquier tipo de asesoría, para platicar o simplemente para saludarlo. Sus proyectos de investigación los llevaba a cabo en su casa. Ese cubículo no va a ser lo mismo sin su presencia, de ninguna manera.

A Polo le interesaba hacer investigación de manera genuina y comprometida, no lo hacía por los puntos; jamás le interesó eso, tan es así que se daba el lujo de publicar

bajo un seudónimo. ¿Por qué? Por diversión, nada más. Recuerdo un día que presentó una ponencia en un congreso de Sonora con su seudónimo: sobra decir que fue una de las ponencias más solitarias que haya presentado. En sus informes anuales nunca informó todo lo que hacía: era tanto que sólo decía lo estrictamente necesario, no le interesaba hacer alarde de todo lo que hacía. Polo nunca quiso acceder al sistema de estímulos económicos que ofrece la Universidad Nacional Autónoma de México a sus investigadores. En el Instituto hay una lista de asistencia que la mayoría de los investigadores firmamos, y el premio es una quincena extra al año: Polo jamás la firmó. Él se iba con sus propios medios a trabajo de campo, y no sólo eso: si iban alumnos, él los financiaba. Nunca le interesaron ni los puntos ni el dinero.

A veces le gustaba poner a prueba a sus alumnos. No en pocas ocasiones insistía en que sus clases fueran los viernes por la tarde. Decía que, si a los alumnos les interesaba, ahí estarían; y, efectivamente, ahí estábamos: cómo nos íbamos a perder una clase con Polo. En la ENAH y en la UNAM se sabía que había clase de Polo porque las carcajadas se oían desde lejos. Polo enseñaba de manera muy divertida y le gustaba que sus alumnos se sintieran a gusto en clase. En muchas ocasiones, a media clase, llegaba una persona de la cafetería y llevaba atoles, chocolates, panes o tamales para todos. Era muy generoso y le gustaba que sus alumnos estuvieran contentos y bien alimentados.

Polo era muy divertido, sí, pero también era una persona que tenía un profundo sentido de la justicia. Si las cosas no eran justas, Polo también sabía enojarse, y se enojaba mucho. Era muy reservado en este sentido, pocos nos podíamos dar cuenta de cuando se enojaba.

Recuerdo una vez que tenía una presentación en nuestro seminario. Le escribimos un correo para que nos confirmara su asistencia, y como no nos contestó, cancelamos la sesión. Bueno, eso fue toda una afrenta: se enojó mucho con nosotros porque él llegó muy puntual a la sesión. Sentía que no tenía que confirmar nada porque ya había una programación. No está de más decir que nos castigó con el látigo de su desprecio por algunos meses, luego se le pasó y se volvió a integrar. Así era Polo y así lo queríamos.

A Polo, como a muchos de nosotros, le afectó mucho la pandemia. De pronto ya no tuvo la oportunidad de volver al Instituto. Me llegó a contar que durante esos días él se salía a las calles de Tlatelolco o a la Alameda a ver pasar a la gente. No soportaba la idea de quedarse encerrado, pero tampoco podía ir a la UNAM. Durante los primeros meses de la pandemia casi no tuve noticias de él, hasta que un día, en Facebook, me encontré con la noticia de que había accedido a dar una plática para los alumnos de primer ingreso de la ENAH, su primera aparición después de mucho tiempo. Fue una transmisión bastante concurrida, claro, todos queríamos volver a ver a Polo. Ese evento fue el primero de muchos en los que pudimos volver a tener contacto con Polo, por vía virtual, al menos.

Al alargarse la pandemia y las restricciones, Polo dio su última clase de manera virtual, y tuve la oportunidad de asistir. Para entonces él ya sabía que estaba enfermo, me consta el empeño que puso en esa clase y el agradecimiento profundo que sentía hacia los alumnos por su asistencia. Cada lunes y miércoles mandaba el enlace de la clase dirigido hacia el universo. Fue una clase que se vio interrumpida varias veces

por sus idas y venidas al hospital, pero ahí estuvo hasta donde dieron sus fuerzas: hasta el final.

Polo, nos haces mucha falta, cuesta trabajo creer que ya no te volveremos a ver. ¿Quién va a olvidar a ese personaje de la coleta blanca, la bata azul, el pantalón de mezclilla y las botas de campo? Siempre tendrás un lugar en mi corazón y agradezco la fortuna que tuve de poder conocerte, de poder compartir contigo charlas, comidas, discusiones académicas e institucionales y mucho más. Nos quedan los aportes que hiciste a la lingüística, ya sea por medios escritos como, recientemente, audiovisuales: ahí te voy a ir a buscar cada que tenga ganas de volver a escucharte. Hasta siempre, Polo.

Febrero de 2022

CRISTINA BUENROSTRO DÍAZ
Universidad Nacional Autónoma de México
cristina.buenrostro@gmail.com

